

Hezbollah: un modelo de resistencia para Hamás

[Stuart Reigeluth](#)

Si se celebraran elecciones en todo Oriente Medio, seguramente vencerían los grupos islamistas. Los regímenes árabes han reaccionado ante su popularidad de diversas maneras, pero EE UU se ha resistido a aceptar la legitimidad democrática de algunos. En vez de enfrentarse al Partido de Dios libanés (Hezbollah) y al palestino Hamás en el campo político, y así moderar su combatividad, Washington ha preferido aislarlos diplomáticamente y, en coordinación con Israel, intentar vencerlos con la fuerza militar. Esta estrategia corre el riesgo de radicalizar a ambos, además de impedir nuevas aperturas democráticas en la región.

El reconocimiento de la resistencia



Irónicamente, la ocupación israelí de tierras árabes ha sido lo que más ha contribuido a fomentar la ascensión democrática al poder político de los grupos islamistas.

El Movimiento de Resistencia Islámica (Hamás) y Hezbolá nacieron a raíz de ella. Hezbolá se formó en 1982 después de que Israel invadiera por segunda vez Líbano, y Hamás se fundó en diciembre de 1987 como respuesta a la primera Intifada palestina. Tras el panarabismo laico de los años 50 y 60, ambos grupos surgieron de la ola creciente de movimientos sociales islámicos en las dos décadas posteriores. El movimiento libanés se formó a partir del grupo de Musa al Sáder, patrocinado por Irán, para aliviar la pobreza chií en ese país, y Hamás, como rama palestina de los Hermanos Musulmanes, grupo suní egipcio. A falta de un Estado central capacitado, los dos obtuvieron apoyo popular (aunque eran muy restrictivos en cuanto al papel de la mujer) porque proporcionaban servicios sociales como asistencia médica, reparación de infraestructuras, enseñanza superior y seguridad básica. Tanto la precipitada retirada israelí de Líbano, en mayo de 2000, como el desmantelamiento de los asentamientos judíos y la retirada del Ejército de la franja de Gaza, llevados a cabo de manera organizada en agosto y septiembre de 2005, se recibieron como triunfos de la resistencia y alimentaron la popularidad respectiva de Hezbolá y Hamás.

Por encima de todo, ambos movimientos gozan de prestigio popular por el éxito de la resistencia armada contra la ocupación israelí. Hamás aprovechó la retirada unilateral de Gaza para lanzar una enérgica campaña que le permitió ganar las elecciones legislativas, con 74 de los 132 escaños, el 25 de enero de 2006. Hezbolá también ha adquirido reconocimiento democrático. En los primeros comicios parlamentarios celebrados en Líbano tras la guerra civil obtuvo ocho escaños, convirtiéndose en el grupo más numeroso entre los 128 miembros de la asamblea nacional; después, nueve escaños en 1996 y 2000, y 14 en 2005, además de dos puestos en el Ejecutivo. Israel empleó la legitimidad democrática lograda por Hezbolá en el Gobierno como explicación del bombardeo del país. Cuando este verano el grupo de Hasan Nasralá consiguió resistir durante un mes de guerra la masiva ofensiva israelí, la milicia chií adquirió aún más prestigio en todo Oriente Medio.

La aparente alianza entre Hamás y Hezbolá es producto de años de sinergias. Aunque, al principio, Israel fomentó la aparición de Hamás y Yihad Islámica como contrapeso a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), de inspiración laica, en diciembre de 1992 deportó a 415 miembros de dichos movimientos a Líbano. Hezbolá estaba luchando contra las FDI y la milicia controlada por ellas, el Ejército del Sur de Líbano (ESL). Cuando Hamás y Yihad Islámica volvieron a los territorios palestinos, decidieron seguir el ejemplo de Hezbolá para enfrentarse a la ocupación y en abril de 1993 Hamás realizó su primer atentado suicida. Aunque es un método que se ha atribuido, en un exceso de simplificación, al islam, también lo utilizaron posteriormente otros grupos laicos, como el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP) y algunas mujeres (abogadas y madres) en la primavera de 2002, claro indicio de que es un acto que nace de una profunda frustración y humillación, y no exclusivamente de las aspiraciones para el más allá.

Israel alega, con razón, que los atentados suicidas son "moralmente censurables". Pero también sus represalias han sido exageradas. Cuando Hamás ofreció una tregua de 10 años a Israel en enero de 2004, las FDI respondieron asesinando al líder espiritual y fundador de Hamás, el jeque Ahmed Yasín, parapléjico, en marzo de ese mismo año. Cuando no había pasado un mes, mataron al número dos de Hamás, Abdelaziz al Rantisi, con el mismo método (un misil lanzado desde un helicóptero), en la ciudad de Gaza. Tanto Hamás como Hezbolá utilizan el *martirio* como método de resistencia armada y existencial. Cuando Hadi, el hijo del jeque Hasan Nasralá, líder de Hezbolá, murió a manos de las FDI en el sur de Líbano, le llamaron *mártir*. De hecho, así se considera a cualquier palestino o libanés que pierde la vida en la resistencia contra la ocupación israelí. El círculo vicioso de las represalias mantiene el interés de los grupos militantes y los actores regionales.

Asegurarse Siria

No debe extrañar que, cuando Yasín y Rantisi murieron en la primavera de 2004, los carteles con sus efigies de *mártires* sobre el fondo de la cúpula dorada de la Roca en Jerusalén aparecieran en los muros de la ciudad vieja en Damasco. Siria es la sede de la dirección *exterior* de Hamás, encabezada por Jaled Meshal y mucho menos moderada que la *interior* de Ismail Haniya, en los territorios palestinos. En cuanto a Hezbolá, aunque está económica, religiosa e ideológicamente vinculado a Irán, también depende de Siria para mantener su razón de ser como grupo de combate. Damasco facilita el tránsito de armas y, a menudo, ofrece la autorización política para las operaciones. A cambio, utiliza a Hamás y Hezbolá para proteger sus intereses, especialmente el de recuperar los Altos del Golán.

Fuentes israelíes consideran que Siria es la cuestión fundamental a la hora de resolver la "crisis" constante en su frontera norte. Hasta el presidente estadounidense, George W. Bush, ha observado, con su brusquedad habitual, que "lo que hay que conseguir es que Siria obligue a Hezbolá a parar esta mierda" (San Petersburgo, 17 de julio de 2006). Damasco considera que las granjas de Chebaa, que ocupan alrededor de 25 kilómetros cuadrados en los Altos del Golán, son territorio libanés y, por consiguiente, da a Hezbolá motivos para continuar la resistencia armada contra la ocupación israelí. Después de los tremendos bombardeos de Líbano realizados por Israel, el primer ministro libanés, Fuad Siniora, se sumó a quienes apoyan a Hezbolá y reclamó las granjas para su país. Lo que no ha dicho nunca Bush es que la devolución inmediata de los Altos del Golán a Siria y las granjas de Chebaa a Líbano pacificaría el norte de Israel. Y esa situación podría representar un *statu quo* mejor para construir un *nuevo Oriente Medio*.

Esta opción no sólo anularía la razón de ser de un Hezbolá combativo sino que disminuiría la influencia de Siria en Líbano. Aunque, en lo militar, Damasco se atiene a la resolución 1.559 de Naciones Unidas que le obligó a

retirarse del país, conserva su control político a través del presidente, Emile Lahud, que ha advertido que "una fuerza internacional sin consenso significaría la guerra civil". En agosto de 2004, Líbano, bajo presión siria, modificó el artículo 49 de la Constitución para prolongar el mandato de Lahud tres años más. Es decir, la preocupación del presidente sobre la intervención internacional es una preocupación de los sirios: si se despliega una fuerza multinacional en la frontera libanesa, la opción de Hezbolá perderá su validez. No obstante, la milicia podría seguir utilizando las granjas de Chebaa como excusa para mantener una guerra de desgaste con Israel y, de esa forma, ayudar a que Siria recupere los Altos del Golán, muy valiosas por el agua.

Al negarse a negociar un intercambio de soldados y presos con Hezbolá, Israel contribuyó directamente al desplome repentino del sector turístico veraniego en Líbano y el consiguiente auge económico de Siria. En Beirut hay un famoso dicho, *masa'ibu qawmin 'ala qawmin fawa'idu* (el desastre de uno beneficia a otro). Los taxistas de Siria y Líbano se beneficiaron enormemente del éxodo libanés. Los hoteles de Damasco se llenaron por primera vez en decenios. Mientras la catástrofe ecológica del petróleo se extendía por la costa libanesa, las líneas aéreas sirias tuvieron más pasajeros y vuelos que nunca. En vez de castigar a uno de los patrocinadores de Hezbolá, Israel ayudó a impulsar la cerrada economía de Siria. Y, cuando los refugiados empezaron a regresar a sus casas, los militantes de Hezbolá fueron los primeros en limpiar las carreteras, rescatar a la gente de los escombros, pagar las reparaciones y ofrecer ayuda a su pueblo.

Una democracia dirigida

Tanto en la guerra como en la paz, Hezbolá *cantó victoria*. Y, como antes, Hamás está siguiendo su ejemplo y se esfuerza en recoger los frutos de la resistencia armada. Independientemente de que el Hamás del "interior" esté o no de acuerdo, el "exterior" se ha asociado con el *creciente chií*, que se extiende desde el golfo Pérsico hasta el Mediterráneo.

Esta expresión, acuñada por el rey Abdalá de Jordania en diciembre 2004, se refiere a la zona de influencia chií que llega desde Irán, pasando por el sur de Irak y la Siria gobernada por los alauíes, hasta Hezbolá en el Líbano. En un principio, preocupado por esta asociación, el primer ministro de la Autoridad Palestina, Ismail Haniya, rechazó el respaldo de Teherán. Pero la intervención de Hezbolá, que proclama su solidaridad con la aspiración insatisfecha de Palestina a tener un Estado soberano, ha servido para promover la postura iraní, más extrema. Otro motor de esta alianza implícita es el ostracismo israelí e internacional. Por desgracia para la democracia en Oriente Medio y el mundo árabe musulmán, el Gobierno de Bush ignoró por completo la legitimidad electoral adquirida por la dirección "interior" de Hamás, más moderada.

La política exterior estadounidense en Oriente Medio es un obstáculo directo para cualquier posibilidad de que Hamás gobierne verdaderamente los territorios palestinos. Después de congelar los fondos y cortar las relaciones diplomáticas con la Autoridad Palestina que dirige el grupo islámico, los estadounidenses, en la actualidad, están financiando y armando a la Guardia Presidencial de Mahmud Abbas, nacida de la Fuerza 17, que era la escolta personal de Arafat. La consolidación de otra milicia más es, por supuesto, lo último que necesitan los palestinos, sobre todo con la posibilidad de que haya un enfrentamiento directo con el brazo militar de Hamás, las Brigadas Ezzedin al Kassam , y el Comité de Resistencia Popular (CRP). Igual que, si el Ejército Nacional libanés trata de desarmar a Hezbolá, o si la milicia insiste en ser un *Estado dentro de un Estado* y se niega a respetar la democracia basada en un equilibrio confesional aprobada en Taif en 1989, existen auténticas posibilidades de que vuelvan a armarse otros grupos sectarios en Líbano y haya un regreso a la guerra civil. Si se quiere evitar, Siria siempre podría volver a intervenir.

Para evitar estas dos posibilidades, Estados Unidos autorizó diplomáticamente que se prolongara el bombardeo israelí de Líbano, destinado a arreglar viejas cuentas con Hezbolá y contener a Irán.

Washington le considera (sin pruebas concluyentes) responsable de los atentados suicidas contra su embajada y una base de *marines* en Beirut, cometidos en 1983. Tras el 11 de septiembre de 2001, EE UU calificó a Hezbolá de "grupo terrorista", denigró a Siria e Irán por acoger y apoyar a dichos grupos e incluyó a todos bajo el paraguas de la "guerra global contra el terrorismo". Estas clasificaciones tan generales tienen consecuencias contraproducentes para la promoción de la democracia en Oriente Medio, que la hiperpotencia asegura propugnar.

Si Israel pudiera derrotar a Hezbolá, se eliminaría el aguijón de Irán en Líbano. Estados Unidos, ante los intentos iraníes de exportar la revolución islámica desde 1979, ha apoyado sistemáticamente a los regímenes laicos suníes. Envuelto en una lucha con Irán por el poder en el "Gran Oriente Medio", utiliza una estrategia que exacerba, es verdad, la animosidad entre suníes y chiíes. Sin embargo, en el proceso, el apoyo a regímenes árabes *benignos* como los de Marruecos, Egipto, Arabia Saudí y Jordania, también hace daño a la democracia. Dentro de las simplificaciones que rodean a la abstracta *guerra contra el terror*, Washington aparta la vista cuando unos regímenes militares y monárquicos ejercen gran represión, con tal de que se permita participar en la política nacional a ciertos grupos religiosos moderados, como ocurre hoy en Argelia.

La desaparición de la democracia en el mundo árabe musulmán se plasmó en el rechazo de los resultados de las elecciones de 1991 en Argelia. La espantosa guerra civil posterior no sólo es un precedente peligroso que conviene evitar, sino que inspiró la política interior de los regímenes árabes, que, cuando hablan de conciliar el islam con las peticiones de democracia, expresan su temor a que, si adquiriesen legitimidad democrática, los grupos religiosos impusieran una *sharia* (ley islámica) estricta. Ni Hezbolá ni Hamás la han impuesto a libaneses y palestinos, que siguen siendo dos de los pueblos más abiertos, social y políticamente, en Oriente Medio. La victoria electoral de Hamás no fue –como tampoco la de Hezbolá– un

estallido repentino de fervor religioso. Al Fatah fracasó (aunque con la ayuda del obstruccionismo israelí) porque no hizo realidad su promesa de paz. Ahora bien, Hamás y Hezbolá son dos de los escasos grupos islamistas que disponen de brazos armados para emplearlos contra otros, en especial, contra la agresión y la ocupación israelí. Cuando Washington intenta dirigir la democracia para que se adapte a la sacrosanta seguridad de Israel, no está promoviendo el ideal liberal, sino degradándolo. Y ése es el motivo de que hoy parezca que la democracia está más cerca de la hipocresía y que sea una palabra que suena falsa en Oriente Medio. Igual que toda la obstinación y la belicosidad de Israel hacen que suene falso su insistente llamamiento a contar con un socio palestino para la paz.

[¿Algo más?]

Todavía no existe un estudio comparativo de Hamás y Hezbolá. En los libros sobre cada uno de los dos grupos o sobre los movimientos islamistas en general se encuentran similitudes sociales y sinergias políticas. Khaled Hroub, considerado el máximo especialista palestino sobre Hamás, elaboró una primera interpretación académica del desarrollo del movimiento en los territorios palestinos (*Hamás: Political Thought and Practice*, Washington, Institute for Palestine Studies, 2000), seguido de una versión más reciente y concisa de la historia de la resistencia de Hamás contra la ocupación israelí (*Hamás: A Beginner's Guide*, Londres, Pluto Press, 2006). Shaul Mishal y Avraham Sela ofrecen una postura israelí muy profesional y objetiva, que llama al diálogo con Hamás (*The Palestinian Hamas; Vision, Violence and Coexistence*, Nueva York, Columbia University Press, 2000).

Hezbolá ha adquirido más popularidad y, por tanto, existe más literatura en su caso. Destacan dos análisis realizados por los catedráticos de ciencias políticas en la Universidad Americana de Beirut Judith Palmer Harik (*Hezbollah; The Changing Face of Terrorism*, Londres, I. B. Tauris, 2004) y Ahmad Nizar Hamzeh (*In the Path of Hibullah*, Nueva York, Syracuse University Press, 2004). Hala Jaber (*Hezbollah: Born with a Vengeance*, Nueva York, Columbia University Press, 1997) ofrece por primera vez el punto de vista de una mujer árabe y periodista, que simpatiza con la causa de Hezbolá. El vicesecretario general del Partido de Dios, Naim Qassem (*Hizbullah; The Story from Within*, Londres, Saqi Books, 2005), ayuda a conocer mejor su ideología interna. Y en español, el trabajo periodístico más reciente, centrado en la historia de los sufrimientos chiíes, es el de Javier Martín, director del servicio en árabe de la agencia Efe, con sede en El Cairo, Egipto, (*Hizbulah; el brazo armado de Dios*, Madrid, Ed. Catarata, 2005).

Fecha de creación

6 agosto, 2007